

EN EL ESPEJO ATLÁNTICO¹

Desde que Hector de Crèvecoeur planteara la pregunta: «¿Qué es entonces este americano, este hombre nuevo?» en 1782, los norteamericanos han cavilado largamente sobre su singularidad. Sin embargo, en escasas ocasiones han considerado lo que tienen en común con la «Otra América», su continente hermano del sur. Ha sido tal el arraigado providencialismo protestante del pensamiento angloamericano que el imperio atlántico español se ha visto confinado con demasiada frecuencia a las sombras de la Leyenda Negra, de acuerdo con la cual la avaricia y la perversión del Viejo Mundo eran frecuentadas en el Nuevo por los conquistadores y virreyes ibéricos. Este mismo enfoque sigue vivo y floreciente: Samuel Huntington —en su lamento posterior al 11 de septiembre, *Who are we?*, 2004— deplora la erosión de la identidad nacional de Estados Unidos por la emigración y la socavación de su cultura de individualismo protestante por el bilingüismo hispano, el multiculturalismo y la desnacionalización de las elites. El «bastión estadounidense» es simbolizado hoy por la cortina de hierro erigida en la frontera mexicano-estadounidense para impedir el paso a los inmigrantes ilegales.

Las asimetrías de poder en América se reflejan en asimetrías historiográficas. Los historiadores hispanoamericanos, incluso aquellos que trabajan en las universidades de Estados Unidos, tienden a concentrarse en los asuntos hispanoamericanos; mientras que las perspectivas excepcionalistas de la historia de Estados Unidos han engendrado una cerrazón generalizada que ha sobrevivido a las críticas del eminente historiador estadounidense Herbert Bolton, quien en 1932 arguyó a favor de «un tratamiento más amplio para complementar las disertaciones nacionalistas a las que estamos acostumbrados». Pocos historiadores tienen la experiencia y el tesón para superar tales prejuicios e ideas preconcebidas. El innovador *Empires of the Atlantic World* de John Elliott reúne una imponente y fascinante colección

¹ J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006, 546 pp. [ed. cast.: *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América 1492-1830*, Madrid, Taurus, 2006].

de material, que atestigua una impresionante amplitud y profundidad de conocimientos. Autor de libros pioneros sobre Olivares, el ministro «modernizador» de Felipe IV, Elliott tiene una comprensión sin igual de la España del siglo XVII. Tras una larga y sobresaliente carrera en Cambridge, Londres, Princeton y Oxford, en 1997 comenzó a trabajar en el arduo proyecto que ha concluido ahora con incontestable éxito: una exhaustiva historia comparativa de los imperios español y británico en las Américas.

La fuerza de este libro reside en la forma magistral en que Elliott interrelaciona y compara los numerosos aspectos heterogéneos de las políticas británica y española en toda su complejidad económica, política, religiosa y constitucional. Al cubrir el periodo desde la llegada de los primeros colonizadores españoles e ingleses hasta el fin de las luchas de independencia (1776-1830), Elliott se mueve en un amplio margen cronológico mediante una serie de comparaciones: modelos de conquista y colonización divergentes, acercamientos distintos a los pueblos indígenas y a los recursos materiales del Nuevo Mundo, puntos de vista opuestos sobre Dios, la corona, el estado y el imperio. El resultado es un retrato presentado de manera fascinante y profusa sobre ambos proyectos coloniales el español y el británico y los órdenes sociales, políticos y económicos tan variados a los que dieron lugar.

El alcance del logro de Elliott se debe juzgar en el contexto de un desinterés entre historiadores —a diferencia de los antropólogos— por emprender la dura disciplina del análisis comparativo. Consideraciones profesionales mundanas, tales como la responsabilidad del revisionismo o la posibilidad de críticas por parte de especialistas incomodados les han disuadido con demasiada frecuencia. Tal como observa amargamente Elliott: «en lo que afecta a la historia de las Américas, la profesionalización y la atomización van de la mano». Los pocos que han intentado comparaciones a una escala continental lo han hecho en términos de «contrastes obvios»—yuxtaponiendo el «imperio de comercio» británico con el «imperio de conquista» español, por ejemplo, o centrándose en perspectivas divergentes, como en *The New World of the Gothic Fox*, 1994, de Claudio Véliz, que toma prestada la metáfora de Tolstoi, popularizada por Isaiah Berlin, para fijar la rigidez contrarreformista del erizo español frente a la flexibilidad y pluralismo del zorro británico.

Elliott dedica poco tiempo a esta ingeniosa aunque poco persuasiva aproximación. Ni tampoco se adhiere a la tesis de las «inmovilidades de la fragmentación» expuesta por Louis Harz, quien arguye en el tiempo atrás influyente *Founding of New Societies* (1946), que la características principales de la sociedad metropolitana siguen condicionando las nuevas formaciones sociales que derivan de ella. Por el contrario, Elliott observa que «las ideas cambiantes y las prioridades en el centro del imperio se reflejaron en cambios en la política imperial, de tal manera que la tercera o la cuarta generación de colonos podrían muy bien verse ellos mismos operando dentro de un marco imperial en el que las premisas y reacciones de los Padres

Fundadores habían perdido mucha de su anterior relevancia». Además, la América británica y española «no permanecieron estáticas, sino que cambiaron con el tiempo»; los dos grupos de colonizadores no solamente interactuaron con las condiciones y circunstancias en las que se formaron ellos mismos, sino que también «eran conscientes de la presencia del otro». Las colonias atlánticas no fueron «dos mundos culturales autosuficientes», sino proyectos paralelos que tomaban préstamos y se influían el uno al otro.

Había precedentes importantes para la conquista y colonización del Nuevo Mundo. Elliott apunta que «Castilla e Inglaterra eran potencias protocoloniales mucho antes de proponerse colonizar América»: la primera por estar comprometida durante siglos en la reconquista de la Península Ibérica, la última por someter Gales y Escocia y emplazar colonos en Irlanda. En muchos casos, las técnicas de conquista se transmitieron a través del Atlántico, junto con las ideas preconcebidas que las acompañaban. De ahí que, por ejemplo, Cortés «tuviera la tendencia a llamar “mezquitas” a los templos mesoamericanos, y que al hacer sus pactos con caciques locales indios [...] recurriera a estrategias frecuentemente usadas contra los modestos dirigentes locales de la Andalucía musulmana». Respecto a Inglaterra, un observador británico concluyó que «los salvajes irlandeses y los indios no diferían mucho entre sí»; Elliott señala que «no es accidental que los isabelinos más activos en concebir los primeros proyectos americanos –Sir Humphrey Gilbert, Sir Walter Raleigh, Ralph Lane, Thomas White– estuvieran profundamente involucrados en los planes de la colonización irlandesa».

No obstante, las Américas plantearon a los colonizadores recién llegados limitaciones y oportunidades completamente nuevas y diferentes. Mientras que Centroamérica estaba densamente poblada por pueblos organizados jerárquicamente y era rica en oro, plata y otras riquezas de las que apropiarse, los grupos indígenas de la costa este de Norteamérica eran más pequeños en número y estaban más vagamente repartidos. La América británica al completo era en principio menos prometedora en términos económicos, hecho que forzó en los colonos «una lógica del desarrollo frente a una esencialmente explotadora». Sin embargo, los españoles tuvieron que encarar un imperativo del que los británicos carecían: las bulas papales de 1493-1494 que habían garantizado a Fernando e Isabel el dominio sobre todas las tierras recientemente descubiertas al Oeste de Brasil también impusieron una obligación de cristianizar a sus habitantes. Los teólogos católicos concibieron el Nuevo Mundo como una utopía donde los males del Viejo Mundo serían purgados, pero también hubo intensos debates sobre la legitimidad de someter a los pueblos nativos. No hay un equivalente inglés a los debates de la Escuela de Salamanca o a la presión moral ejercida por ciertos eruditos y teólogos sobre los reyes castellanos para codificar el estatus legal de los pueblos indígenas.

Las Leyes de Burgos de 1512 consideraron a los habitantes indígenas de la América española como vasallos de la Corona; se les dio el derecho de poseer propiedades y tenían que ser remunerados por su trabajo. Si bien el

sistema de la *encomienda* facilitó una forma de eludir esto, el colapso demográfico indígena ocasionado por la conquista y las enfermedades europeas hizo cada vez más atractivo el trabajo de esclavos importados. En 1640 había unos 160.000 descendientes de africanos en los virreinos de Nueva España (actualmente México, Guatemala, Honduras, Nicaragua y la mayor parte del suroeste de Estados Unidos) y 30.000 en el de Perú (que se extendía desde Panamá a la Tierra del Fuego, aunque más tarde se subdividió en tres virreinos –Nueva Granada, Perú y Río de la Plata– y la Capitanía General de Chile). Los asentamientos del Caribe británico y el Chesapeake también importaron africanos esclavizados para compensar la escasez de mano de obra en las plantaciones de azúcar y tabaco; en 1710, un quinto de la población de Virginia eran esclavos, mientras que Barbados, Jamaica y las Islas de Sotavento «habían absorbido 250.000 esclavos de África» al comienzo del siglo XVIII. Elliott describe el tráfico de esclavos como «uniformemente bárbaro» en toda América, pero sugiere que «los esclavos africanos en las posesiones de la América española parecían haber disfrutado de mayor capacidad de maniobra y más oportunidades de progreso que sus homólogos en la América británica»; la experiencia más larga de España en la esclavitud y su consiguiente grado de codificación más alto les proporcionaron, paradójicamente, un alivio mayor de su destino.

Elliott informa bien de los diferentes regímenes de esclavitud que tuvieron las Américas británica y española, los cuales han atraído más trabajos comparativos que otros aspectos de la experiencia colonial, tal vez porque se pueden cotejar con fenómenos similares en otros continentes. Las fronteras han sido de algún modo la base de comparaciones intercontinentales, y han recibido constante atención por parte Elliott. En la Exposición de Chicago en 1893 por el Cuarto Centenario del viaje de Colón, Frederick Jackson Turner enunció por primera vez la teoría de las fronteras; podría decirse que es la ponencia más influyente jamás leída en un congreso de historia. Desde el punto de vista de Turner fue la frontera lo que transformó a los europeos en americanos; un mito que sería absorbido por la cultura popular a través las películas del Oeste. Un inconveniente con la teoría de la frontera, como muchos críticos han apuntado, es el de la definición en sí. En América Latina no hay fronteras en el sentido mitológico de Turner, sino fronteras simultáneas diversas –minera, ganadera, cafetera, misionera– cada una con su propio patrón de asentamiento específico que implica situaciones intergrupales diferentes. Éstas pueden servir para unir a los emigrantes por medio de experiencias compartidas: mientras se enfrentan a espacios desoladores, flora y faunas desconocidas y amenazadoras, bosques impenetrables, montañas infranqueables, gente extraña que habla lenguas ininteligibles y adora temibles dioses.

Pero Elliott es un historiador demasiado experimentado y capaz para reducir su análisis a una única experiencia formativa, sea lo rica que sea su expresión. Por el contrario, él traza una distinción entre fronteras de inclusión y fronteras de exclusión que subraya la diferencia fundamental entre los dos imperios.

Mientras que los españoles tendían a pensar en términos de incorporación de los indios dentro de una sociedad organizada orgánica y jerárquicamente que los capacitaría en el futuro para alcanzar los supremos beneficios de la cristiandad y la civilización, los ingleses, tras un comienzo incierto, parecen haber decidido que no había camino intermedio entre la anglicanización y la exclusión.

La misma distinción divide las actitudes española y británica hacia la sexualidad. No era ésta una simple cuestión de preferencias sexuales, como Gilberto Freyre argumenta en el caso de Brasil, sino de demografía, de religión y de presiones económicas. En las más tempranas etapas de la conquista, Bartolomé de las Casas había animado el matrimonio interracial en aras de «crear uno de los mejores gobiernos y tal vez el más cristiano y pacífico del mundo», y los frailes en las misiones fronterizas animaban a los soldados a casarse con las nativas. Para conquistadores ambiciosos, casarse con las hijas de los nobles aztecas o incas también otorgaba un cierto sentimiento de clase.

En la América británica, los modos de vida ambulantes, recolectores y cazadores de las tribus indígenas habrían hecho la inclusión impracticable. Por otro lado, para estos colonos la mezcla de razas conllevaba la suposición de que la misma conduciría a la degeneración del linaje. Esta idea se reforzó por la aplicación al Nuevo Mundo de las metáforas bíblicas del salvajismo, donde la tentación siempre estaba al acecho; el ministro puritano Cotton Mather incluso se refirió a Satán como «ese viejo amo usurpador de América». Sin embargo, fueran cuales fueran las críticas contra la mezcla racial en las colonias puritanas, no había admoniciones en las islas del Caribe, donde el contubernio abundaba entre los dueños de las plantaciones y sus esclavos (como se puede ver en las interminables parejas registradas en la agenda de Thomas Thistlewood, supervisor de una plantación de azúcar jamaicana). Los vástagos de tales uniones permanecieron ilegítimos, dejando una herencia a largo plazo de concubinato y una voluminosa clase de mulatos. En Virginia y las colonias del Sur, por el contrario, «los mulatos fueron sencillamente absorbidos por la población esclava», reforzando un exclusivista orden fundado en la supremacía de lo blanco sobre lo negro.

La América española dio lugar a «un orden social de mucha mayor complejidad» en palabras de Elliott. Si bien los criollos llegaron a adoptar pronto la *limpieza de sangre* como medio de discriminación social, la mezcla de sangres tuvo consecuencias sociales y culturales específicas. Entre las familias hispanoamericanas de etnia mixta, el *compadrazgo* —una forma de parentesco ritual traído de España— jugó parte integral en la creación de lazos entre razas. Nada ilustra de forma más vívida la amplia variedad de castas en las colonias españolas que las series de pinturas mejicanas del siglo XVIII —cuatro de las cuales están reproducidas en el libro de Elliott—, que intentan establecer una taxonomía de la caleidoscópica mezcla étnica de la Nueva España. La fusión cultural se expresó también gráficamente por la incorporación de las técnicas manuales y motivos indígenas en la construcción de iglesias hispanoamericanas, cuya magnificencia barroca

estaba en marcado contraste con las modestas (con frecuencia de madera), iglesias de Nueva Inglaterra. Si bien las colonias angloamericanas eran culturalmente menos sofisticadas, «poseían una vitalidad y una efervescencia religiosa que las diferenciaba de las sociedades hispanoamericanas del Sur». En opinión de Elliott, el grado de participación popular en la América británica «mantuvo en movimiento una dinámica que, una vez desencadenada, pudo organizar un poderoso cambio en el ejercicio del poder y el privilegio de la minoría».

A lo largo del siglo XVIII, la rápida expansión de la flota y la economía inglesa supuso una amenaza cada vez más importante tanto para España como para Francia. Los reyes Borbones de estos dos países se vincularon por el Pacto de Familia de 1761 –sellado en medio de la Guerra de los Siete Años– que alteraría el equilibrio de fuerzas en todo el continente americano. La victoria encaró a los británicos con el problema de unas fronteras enormemente ampliadas –que se expandían ahora desde Nueva Escocia hasta Florida, del Atlántico hasta el Misisipi– y el correspondiente aumento de los gastos militares, que los ministros británicos trataron de gravar a un resistente populacho colonial. En menos de veinte años, las Trece Colonias se unirían para vencer al gobierno imperial. España, entretanto, se enfrentaba con una situación económica empeorada y los síntomas de su declive se multiplicaron. El fracaso en recobrar Gibraltar durante el Gran Sitio de 1779-1783 delante de una audiencia europea invitada fue probablemente su mayor humillación pública del siglo; pero lo peor estaba por llegar en 1805 cuando la flota española fue virtualmente destruida en Trafalgar, tumba del poderío marítimo español e índice de la preeminencia naval y de la ventaja técnica británica. La invasión napoleónica de 1808 le asestó un golpe mortal posterior e inauguró el proceso que culminaría en la independencia para las colonias americanas de España.

En acusado contraste con el marco imperial que España había conseguido imponer en las Indias durante una generación de conquistas, la América británica manifestó un «mosaico de estilos diferentes de gobierno y jurisdicción». Al mismo tiempo, se desarrolló una cultura cívica contestataria que no tuvo equivalente en la América española; los *cabildos* apenas estuvieron a la altura de los ayuntamientos de Nueva Inglaterra. Armados con una gran variedad de libros y panfletos, que incluían muchos de París, y un nivel más sofisticado de debate político, los colonos británicos estaban mejor preparados que sus homólogos españoles tanto para el conflicto constitucional con la metrópolis como para los retos de la independencia.

El pacto federal que unió a las Trece Colonias es un claro ejemplo de las diferenciadas culturas políticas de las Américas británica y española. De todas las herencias legadas por los Padres Fundadores, podría decirse que el principio federal es el más importante, y tuvo consecuencias de largo alcance; que provocó, por no decir más, el constante conflicto en Estados Unidos sobre los derechos de los Estados que finalmente estalló en una guerra civil devastadora, eclipsando cualquier cosa que hubiera ocurrido

en la América española. El federalismo fue importante en la propia España en los debates sobre la Constitución de 1812 en las Cortes de Cádiz; de hecho, con su rey en el exilio en Francia, España había sido en la práctica una república federal durante la lucha contra Napoleón, cuando el poder residía en las numerosas juntas militares locales que dirigieron la guerra de guerrillas. Pero a pesar del impacto explosivo de la Constitución de 1812 en Hispanoamérica, el federalismo ha tenido una historia precaria y desigual allí: un temprano fracaso en Venezuela, una fuente de inagotables conflictos en Argentina, en Colombia y en otros lugares.

Si bien la reflexión de Elliott sobre las cuestiones y dilemas planteados por la guerra peninsular carece de la densidad del análisis de Raymond Carr, ésta es compensada con largueza por la lucidez de Elliott. Como él mismo observa irónicamente, «los enterradores más efectivos del imperio son normalmente los propios imperialistas». Las Cortes de Cádiz hicieron poco por dirigirse a las elites criollas, que se habían dado cuenta tras el desastre de Trafalgar que España no las podría proteger, y habían dado la bienvenida al incremento de la autonomía y las oportunidades de comercio con los británicos que la debilidad del poder de Madrid les proporcionaba. Después de la guerra, España optó por seguir el modelo centralizador Borbón, en lugar del principio contractual que le precedió, en una apuesta por reafirmar el poder; una decisión que alimentó las tensiones con las colonias hasta bien adelante en el tiempo. Como expone Elliot:

Seis años de confusión y agitación constitucional en la misma España; el colapso de la autoridad en grandes áreas de América; el surgimiento de una opinión pública más informada, con un nuevo gusto por la libertad; la fuerte presión de Gran Bretaña y los Estados Unidos, deseosos de captar los valiosos mercados americanos; todo esto hizo imposible un retorno al pasado.

La restauración de Fernando VII, más que facilitar una reafirmación de la autoridad de Madrid, «demostró en cambio ser el catalizador de movimientos cuyo propósito era ganar la independencia completa». Durante las dos décadas siguientes, la guerra bramó a lo largo de casi toda la América española al tiempo que las fuerzas del rey batallaban contra ejércitos insurgentes desde Chile a Venezuela. Aquí apunta Elliott que «la duración y ferocidad de las guerras de independencia» en la América española pueden atribuirse en gran medida a la ausencia de intervención extranjera, que había hecho las luchas de las colonias de la América británica comparativamente más cortas y menos sangrientas. El recién creado Estados Unidos también se benefició considerablemente de las Guerras Napoleónicas, asegurándose conexiones comerciales con una Europa renqueante y, gracias a la compra de Luisiana, vastas extensiones de terreno de una Francia que primó la expansión europea frente a las posesiones americanas. Entretanto, en su emancipación, los nuevos Estados de la América española afrontaron una coyuntura «bastante menos favorable»: «se encontraron al margen de una comunidad de comercio internacional que quería sus mercados, pero no quería sus productos. Además se vieron eclipsados por un Estados

Unidos cada vez más seguro y decidido, ante el que México perdería la mitad de su territorio entre 1845 y 1854». Se habían establecido los parámetros para una división hemisférica desigual del poder y la riqueza.

¿Qué beneficios económicos obtuvieron España y Gran Bretaña de sus imperios? Adam Smith era escéptico: «el imperio sólo ha existido en la imaginación [...] ha sido hasta el momento, no un imperio, sino el proyecto de un imperio». Elliott cita el trabajo de Stanley Engerman, cuyo análisis de costes y beneficios estimó que a causa de los elevados gastos administrativos y de un ejército regular –los británicos no confiaban en las milicias, al contrario que los españoles, cuyos soldados eran con frecuencia mestizos o negros– las colonias continentales y, probablemente también las Antillas británicas, no trajeron beneficios positivos de importancia a Gran Bretaña. Parece extraño, sin embargo, incluir a las Antillas en este juicio a la vista de las extraordinarias ganancias procedentes de la importación de azúcar que apuntalaron el crecimiento de las ciudades simbióticas de Liverpool y Manchester; y dada, además, la construcción de numerosas mansiones gracias a los ingresos del azúcar y el matrimonio con ricas herederas de las Antillas. El gran número de fincas en Escocia es indicativo también del provecho obtenido gracias al imperio británico tras el Acta de Unión de 1707.

En opinión de Elliott, el «ratio coste-beneficio para España fue sustancialmente más favorable»: a pesar de los envíos regulares de plata a Sevilla, «la América española, al contrario que la América británica, era autosostenible». No obstante, Elliot concluye que la ganancia definitiva puede haber recaído fuera de Castilla: «La plata que [...] pasaba por las redes del tamiz español fluía hacia las economías de Europa y Asia, generando en el proceso un sistema monetario internacional cuyo desarrollo hizo mucho para facilitar la expansión global del comercio».

Elliott limita con prudencia su análisis a los dos imperios atlánticos más grandes. Otros –los franceses, los holandeses y los portugueses– se discuten sólo brevemente, allí donde afectan al análisis principal. La exclusión de Brasil, sin embargo, descarta la consideración de un problema fundamental en la historia de América: ¿por qué no se fragmentó la América portuguesa? No sólo no lo hizo, sino que se expandió a expensas de sus vecinos. Elliot explica de forma completa y acertada las razones para la fragmentación de la América española: amplitud geográfica y diversidad, particularidades históricas, la unión de las oligarquías criollas; aunque el fallido Congreso de Panamá de 1826, y con él la desaparición del sueño panamericano de Bolívar, quizá merecieran alguna discusión. Sin embargo, la compleja y discutible cuestión del único imperio del siglo XIX, que se da en el Nuevo Mundo, anima a comparaciones posteriores. El asunto tiene una relevancia contemporánea considerable ¿Cómo pueden las actuales aspiraciones a gran potencia de Brasil conciliarse con el sueño bolivariano –que de hecho nunca incluyó a Brasil– recientemente resucitado por Hugo Chávez, que deja atrás el pesimismo de Bolívar cuando escribía

poco antes de morir que «aquellos que habían servido a una revolución habían arado el mar»?

El Caribe, como reconoce Elliott, fue también una baja en las duras elecciones que tuvo que hacer. No obstante, se puede lamentar la omisión de los efectos de la Revolución Haitiana y la consiguiente formación del primer Estado negro, que derrotó a los ejércitos de Francia, Gran Bretaña y España. El ejemplo de Haití pende como una nube amenazadora sobre las Américas, afectando profundamente por igual tanto a gobernantes como a gobernados. Influyó en la actitud de Bolívar hacia la esclavitud –Pétion supeditó su ayuda al Libertador a la promesa de la emancipación de los esclavos– y ofreció un soplo de esperanza a otras poblaciones esclavizadas, para quienes Haití pedía independencia, libertad e igualdad. Éste fue sobre todo el caso en el Caribe, donde por primera vez los antillanos tomaron conciencia de sí mismos como pueblo.

El impacto más importante con diferencia, sin embargo, recayó sobre Cuba. Gran Bretaña pudo digerir la pérdida de las colonias americanas –el comercio se reanudó rápidamente y se incrementó como había pronosticado Adam Smith– y a pesar de la humillación de la guerra de 1812, se aseguró Canadá. En cualquier caso, Gran Bretaña tenía un futuro imperial en India y África. España no tuvo tal opción, aparte de la oportunidad que ofrecían los acontecimientos de Haití para promocionar a Cuba como el mayor productor de azúcar del mundo. Cuba se benefició de la pericia de los plantadores franco-haitianos refugiados, que modernizaron la producción de azúcar al tiempo que introdujeron el café. El inconveniente fue el notable incremento en la importación de esclavos que elevó la amenaza de las revueltas; animado por el ejemplo haitiano, el negro libre José Antonio Aponte condujo una rebelión de este tipo en fecha tan temprana como 1812. No obstante, Cuba era vista como un El Dorado por los emigrantes españoles empobrecidos, cuyos envíos de dinero sostenían a incontables familias en la metrópoli. Por decirlo de una forma más clara, la riqueza cubana consolidó el Renacimiento Catalán de finales del siglo XIX, e hizo fortunas para los patronos de Gaudí o el poeta Jacinto Verdaguer. Las riquezas de Cuba estimularon los sueños de un imperio reavivado: tras el éxito de la guerra de Marruecos de 1859, España se embarcó en una serie de empresas imperiales en la República Dominicana, Perú, Cochinchina y México; todas resultaron ser fracasos. Fue la pérdida final de Cuba y las Filipinas en la guerra hispano-norteamericana de 1898 la que dio descanso eterno a España como potencia imperial.

En vista de las colosales consecuencias políticas, económicas y sociales de los dos imperios, resulta curioso que ni los españoles ni los británicos generaran una epopeya atlántica. No obstante, las tormentas atlánticas tuvieron significativas, si bien retardadas, repercusiones culturales, sobre todo en la forma en que los hispanoamericanos empezaron a mirar a sus homólogos del Norte. En 1609, el *Sea Venture*, que pertenecía a la Virginia Company, encalló en los acantilados de Bermudas durante un huracán. Asom-

brosamente, se salvaron todos los pasajeros y la tripulación; algunos optaron por quedarse en la isla, otros volvieron a Londres, donde Shakespeare, que invirtió en la compañía, plasmó el naufragio en *La tempestad*. Próspero, Ariel y Caliban fueron reutilizados como metáforas por el uruguayo José Enrique Rodó en 1900. Con el mundo hispanohablante sacudido por la derrota de 1898 y conmocionado por la perspectiva de que Estados Unidos dominara todo el continente, Rodó defendió la superioridad de los valores idealistas, españoles y clásicos representados por la espiritualidad etérea de Ariel, sobre el materialismo insensible de Estados Unidos representado por Caliban. Setenta años más tarde, el cubano Roberto Fernández Retamar reclamaría en cambio a Caliban como representante de la cultura mestiza de América Latina, permitiéndole despojarse de su posición servil y hablar en favor de los desamparados de las colonias largo tiempo explotados.

Hasta perspectivas fluctuantes como éstas pueden cristalizar finalmente en estereotipos. El magistral estudio de Elliott hace una inestimable contribución al desafiar tales prejuicios enraizados; nada despreciable es la irónica hipótesis inversa incluida en la conclusión del libro, donde imagina qué hubiera sucedido si Enrique VII de Inglaterra hubiera patrocinado a Colón:

Es posible imaginar un guión alternativo y en absoluto inverosímil: un masivo incremento en la riqueza de la corona inglesa al tiempo que crecientes cantidades de plata americana fluían a las arcas reales; el desarrollo de una estrategia imperial coherente para explotar los recursos del Nuevo Mundo; la creación de una burocracia imperial para gobernar las sociedades de los colonos y su población sometida; la mermada influencia del Parlamento en la vida nacional, y el establecimiento de una monarquía absolutista inglesa financiada por la plata de América.

Aunque juguetón en el tono, el escenario paralelo sirve para poner de relieve una vez más el método comparativo de Elliott y la coherencia con la que aúna las ramas opuestas aunque complementarias de la civilización occidental. Será necesario un historiador excepcional para componer una obra de estas características que abarque los siglos transcurridos y los desequilibrios del presente con un rigor y una inteligencia comparables.